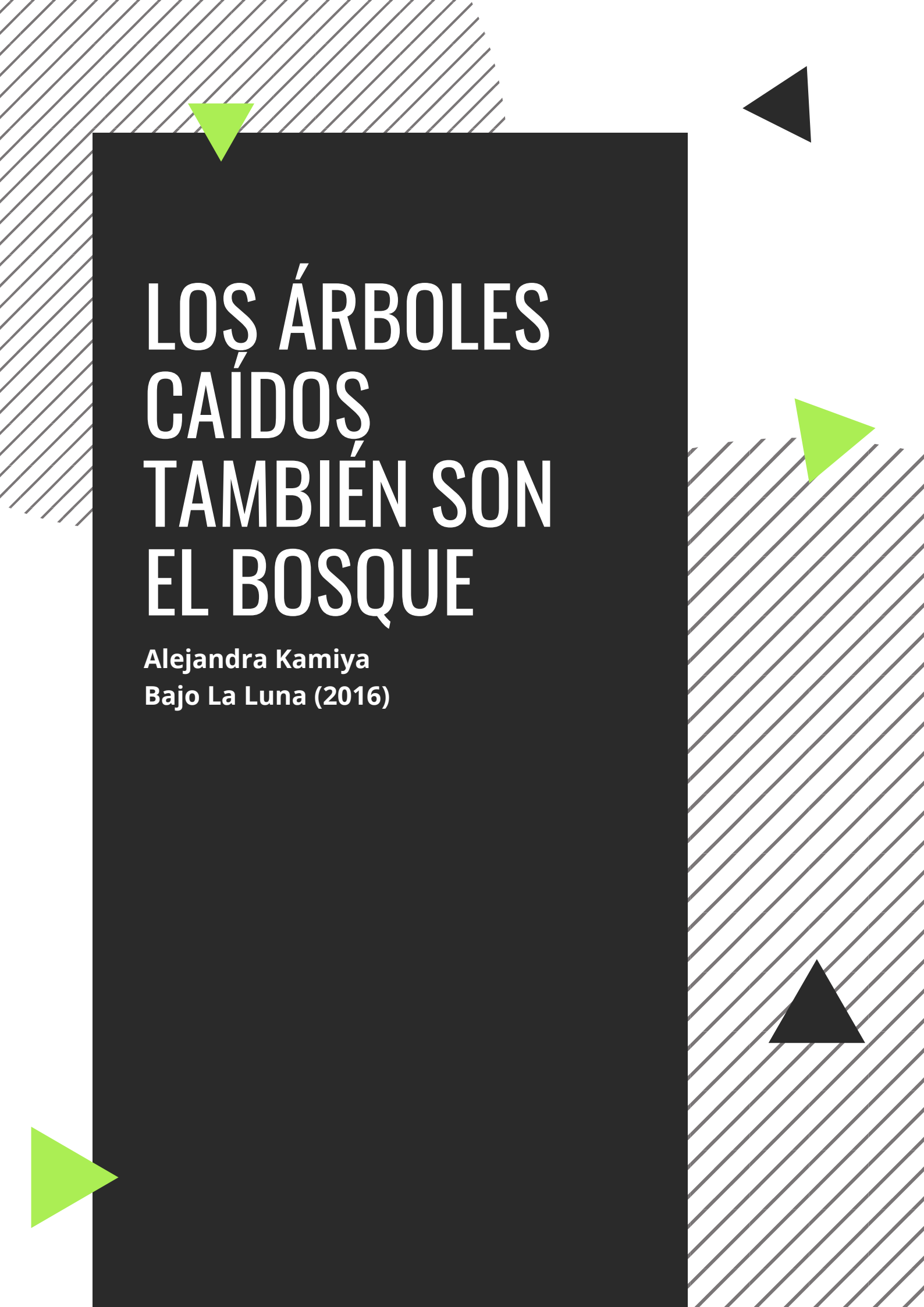




LOS ÁRBOLES CAÍDOS, TAMBIÉN SON EL BOSQUE

Alejandra Kamiya
Bajo La Luna (2016)

Desayuno perfecto

No vas a esperar a que se cuele la luz por la ventana. Vas a mirar a Takashi dormir a tu lado. Vas a pensar que es bueno que descanse porque lo espera un largo día de trabajo. Vas a levantarte del futón sin hacer ruido, y levísima vas a andar por el *tatami* hasta la cocina, donde te vas a vestir para no rasgar el sueño de papel de Hiro y de Takashi.

Un desayuno perfecto requiere pescado fresco y el pescado más fresco está en los alrededores del mercado de Tsukiji. Es temporada de caballa.

Vas a ir en tren a Tsukiji por una caballa perfecta.

Una vez allí todas te van a parecer bellas. Ese reflejo azul, las líneas de tigre en negro mojado, siempre mojado, como un recuerdo que nunca se seca, un recuerdo del océano.

Vas a cerrar los ojos y vas a elegir. No te vas a dejar llevar sólo por lo que veas.

Vas a hacer el viaje de regreso a casa con la caballa perfecta en una bolsa, deseando que no se produzca ninguna demora. Sería una pérdida de frescura. Una grieta en la lisura de tu plan.

Una vez en casa, vas a cortar la caballa a la mitad y la vas a salar, para que retenga en ella su espíritu del mar.

Vas a poner el arroz en remojo, después de haberte lavado las manos con ese jabón de coco que te regaló Mariko. Qué afortunada. ¿Cuántas japonesas se lavan por la mañana la cara y las manos con un jabón de cocos?

Vas a imaginar una playa como las de los avisos de agencias de viaje y vas a acercar tu imaginación a la punta de las palmeras: vas a ver los cocos, con los que hicieron el jabón para que tus manos sean suaves esta mañana. Vas a desear que algo de esa playa y esa blancura del coco pase al arroz a través de tus manos cuando lo laves y lo dejes en reposo.

El reposo es importante. En todo.

Para hacer el *miso shiru* vas a perfumar el agua con pequeñas anchoas secas. Vas a imaginar la danza del dulzor del coco con el sabor salado de las anchoas. Como si ese mar que acaricia los pies de las palmeras volviera a hacerlo en Tokio, en tu casa.

No vas a poner muchas anchoas en el agua porque sino esa danza de sabores se transformaría en una lucha.

Vas a abrir el *natto*, y el paquete de *nori*, ese que compraste después de ahorrar. *Nori* de una negrura perfecta, como una muerte. Sin los atisbos de verde de las algas comunes.

Hay algo de soberbia en este gesto y te vas a avergonzar, pero la idea de un desayuno perfecto va a volver a convencerte de que hiciste bien, de que un solo elemento de otra calidad echaría a perder el trabajo puesto en todos los demás.

Por eso también vas a usar el té del primer brote, ese del sur del Japón. Vas a retirar el agua del fuego antes de hervir, vas a humedecer apenas las hojas y luego de echar

el agua las vas a dejar reposar. Se van a desperezar y van a dejar salir su sabor, su perfume, su esencia verde en tu cocina gris. Vas a ir a la habitación de tu hijo. Vas a quedarte arrodillada junto al *futón* mirando su respiración. Podrías pasar todo el tiempo del mundo así. Qué egoísta. Podrías dejar que el desayuno se pudriera en la cocina, y el resto del mundo sin sentido se hiciera pedazos allí afuera, y seguir arrodillada junto al *futón* de Hiro. Como si fuera tuyo y no del mundo que lo espera y del que es un engranaje más.

Vas a poner una mano en su pequeño hombro flaco. El niño va a decir "Hi" y le vas a responder con un tono de voz ni alto ni bajo que es la hora de levantarse.

Él se va a restregar los ojos y va a decir "Sí, mamá" y luego se va a volver a tapar para remolonear un minuto más.

Luego vas a volver a la cocina y vas a escuchar cómo Hiro y tu marido se preparan para sus días llenos de obligaciones, como árboles llenos de frutos o de flores.

Vas a mezclar la mostaza con el *natto*: una danza de espadas. Un tintineo filoso en tu nariz.

Vas a colocar todo sobre la mesa con el mismo cuidado de cada mañana pero buscando algo más.

Ningún ángulo debe desafinar, ningún color puede chocar o apagarse, deben fluir hasta Hiro y su papá.

Los perfumes deben seducir como lo que se oculta. El orden debe ser amable como la voz de las chicas de los ascensores de los grandes almacenes.

Vas a colocar una pequeña flor junto al recipiente del *natto*. Casi un gesto de vanidad que no vas a poder evitar. Una señal tal vez.

Tu marido y Hiro van a arrodillarse alrededor del desayuno. Vas a disfrutar mirándolos comer. Hiro, un poco desgarbado como acurrucado aún en el sueño, se va a restregar la cara con el dorso de la mano que sostiene los *obashi*.

Vas a romper un huevo y lo vas a colocar en su bol. Un sol se va a esparcir por un pequeño mundo de arroz.

Vas a ver a Hiro terminar de despertarse al masticar, y vas a percibir que se da cuenta de que éste es un desayuno perfecto. Tu marido va a comer hasta el último grano de arroz, lo último del natto, la última fibra de la caballa y va a asentir mientras lo hace.

"*Oishi*", va a decir Hiro, y vas a estar satisfecha y vas a agradecer, inclinando apenas la cabeza y sonriendo más con los ojos que con los labios que no se despegan. "*Oishi*" va a repetir el niño, y vas a sentir un pez globo en el pecho. Tu marido va a volver a asentir.

La mesa va a quedar vacía. Sólo los bols, tazas, pequeños platos, vacíos como esqueletos. Y la flor, abierta como una boca que grita. Muda de sentido en su belleza.

Hiro va a decir que tiene clase de inglés y se va a levantar corriendo.

Tu marido va a esperar un poco, como si reposara, como el arroz, como el té. Luego se va a poner de pie apoyándose en los puños.

Vas a recoger las cosas de la mesa. Las vas a dejar cubiertas de espuma en la pileta. Te vas a enjuagar las manos para despedirlos. Vas a usar tu jabón de coco una vez más.

Hiro va a llevar su mochila y su gorra de béisbol.

Le vas a decir que se la debe quitar antes de entrar al colegio.

Él va a asentir y te va a decir que su amigo lo espera en la otra calle.

Le vas a decir que no lo haga esperar.

Tu marido, ya en la puerta, antes de calzarse, te va a decir que ha sido un desayuno perfecto. Vas a agradecer.

Una vez sola en la casa, vas a limpiar en detalle, como siempre, pero de otra manera. Todo puede siempre mejorarse. Qué falta de humildad sería no intentarlo.

Al terminar, te vas a sentar junto al horno y vas a abrir la puerta, hacia abajo como los puentes levadizos.

Vas a girar la llave y vas a apoyar la cabeza en la puerta como si fuera una almohada en la que vas a descansar.

La nota de disculpas ya estará hecha y la habrás dejado sobre la mesa.

Vas a pensar en las playas llenas de sol y palmeras muy altas. En las puntas vas a ver cocos y vas a adivinar su interior blanco y su perfume.

Vas a mirar el mar, vas a sentir ese olor extraño que viene y va.

Los restos del secreto

Su desnudez no exhibe partes, las partes que normalmente están cubiertas. La desnudez de Guillermina es como la de los árboles en otoño: lo que muestra es falta. Con los huesos marcados, saliéndoseles las puntas aquí y allá, Guillermina tiene algo de ala de murciélago, algo de paraguas abierto a medias.

Belinda en cambio es como un pan casero grande y blanco.

Se disfrazan.

El campo de la pampa es plano, como una hoja, y allí van ellas a escribirle encima historias.

Belinda mueve la cabeza para que le caiga sobre un ojo un mechón negro y lacio. Lleva una bandeja rota sobre la que acomodaron paquetes vacíos de Jockey Club y Parliament, y dos cigarrillos enteros que Guille le sacó a su abuelo a la tarde.

Las argollas de los aros rozan los hombros redondos de Belinda, que se mira en el espejo atado con alambre a la chapa del galpón. Se pinta la boca y la transforma: todo lo que diga con esta nueva boca roja será importante.

Entra el torero: Guillermina con un sombrero negro, calzas y una faja violeta. Tiene el paño cubriéndole un

hombro. Es la cortina de la cocina de antes. Guille camina como si lo hiciera sobre una cuerda, un pie en línea con el otro. Tiene los labios ligeramente tensos, como si quisiera sostener el bigote dibujado con corcho quemado. Una mano en la cintura. Con la otra se quita el sombrero y saluda mirando lejos. De sólo ver cómo camina, Belinda puede escuchar a la multitud que lo aclama.

"Carmen", dice Guille, erguida. "Véngase conmigo a la montaña. Tengo una banda. Robamos de todo. Voy a darle una vida, Carmen". "Ay, torero, yo ya tengo una", dice Belinda bajando la vista. "Puedo darle otra, Carmen", insiste Guillermina. "Pero, torero, cada uno tiene una vida sola", dice Belinda reacomodando las cajas de cigarrillos. "No, Carmen", dice Guillermina, revoleando el paño. "Tenemos muchas, como los caminos. Si no las andamos, les crecen los yuyos y las tapan. Anímese, Carmen, vamos". "Bueno, torero", dice Belinda haciéndose el pelo a un lado. Miran al frente y caminan con el mentón levantado. Cuando juegan siempre tienen el mentón levantado. El resto del tiempo, en cambio, lo bajan y son los ojos los que sobresalen. Sobre todo los de Guillermina, tan hambrientos y tan grandes.

La historia de Carmen la leyeron en la tapa de un disco. En el casco tiraron unos cuantos de pasta y de vino y Guille y Belinda los guardaron.

Siempre guardan cosas y con ellas construyen otras. En ese mundo las cosas son libres y se transforman. El paño del torero de hoy fue ayer mantel de un festín egipcio, y antes mantita de bebé de una especie de tragedia griega. El bebé había muerto y Guille y Belinda hicieron un cortejo fúnebre. Al principio parecía que a Guille no

le pasaba nada. Caminaba en silencio junto a Belinda que lloraba a los gritos y se golpeaba el pecho, estrujando las flores y tironeándose la ropa. Guille, que era el padre, caminaba en silencio sin mover los brazos, hasta que de repente cayó vertical en la tierra y Belinda creyó que estaba muerto. Belinda hacía la señal de la cruz tan rápido que parecían ochos, uno detrás del otro, y al final un beso fuerte en la punta de los dedos, y luego otra cruz, otro ocho torcido entre la frente, los hombros y el pecho.

Después se preguntaron si es posible morir de tristeza o no.

"Se puede morir de tristeza, y de amor también", dijeron. "Tanto", dijeron, "que hay que tener cuidado". Pensaron en la señorita Ana. Guille y Belinda tenían miedo de que se muriera. Hasta las cuentas que escribía en el pizarrón daban tristeza. "Lo malo de los novios", habían concluido ellas, "es que te dejan".

Guille y Belinda se sientan juntas, y juntas van y vienen de la escuela de la estancia hasta el puesto en donde vive Belinda. La casa de Guillermina queda más cerca de la casa grande y de los girasoles.

Una tarde, casi de noche, el padre de Belinda se acerca a la pileta donde ella lava los platos y dice: "Usted no me viene más de la escuela con la hija de Cáceres". "¿Por qué?", dice Belinda, con los ojos muy abiertos.

Juan Arancibia mueve el escarbadiénte en su boca y dice: "Porque usted no me viene más de la escuela con la hija de Cáceres".

Esa noche Belinda no piensa en lo que va a ser cuando sea grande. Belinda se hace preguntas y como no se responde, no duerme.

Cuando le cuenta a Guillermina, ella dice que no le haga caso, que van a ir por el monte, para que no las vean y no le vayan con cuentos al padre.

Y al final todo resulta mejor, porque en el monte arman una casa.

Cada día le agregan una parte y la casa crece y las recibe todas las tardes.

Es una magia lenta, (no todas las magias son rápidas), la magia que hace que donde ellas imaginan una pared y dicen "de acá hasta acá", de a poco vaya creciendo algo de verdad.

Cuando la madre de Belinda cocina siempre dice que lo hace lento "para que no se arrebate". En eso piensa Belinda mientras coloca rama sobre rama.

Le gusta hacer las cosas despacio. Elige las ramas entre las que Guillermina va juntando y las hace encajar para que pase lo menos posible la luz, la lluvia, el frío. Podrían llenar esos huecos con barro, hacer una especie de adobe. "O adobe de verdad", piensa Belinda. Podría decirle al padre. Pero entonces él preguntaría para qué quiere saber y diría algo sobre Cáceres y todo se arruinaría.

La casa se llama El secreto, piensa Belinda. Los secretos contienen a la gente adentro, protegiéndola o haciéndola prisionera. Todas las casas podrían llamarse así. Pasamos del secreto de nuestros padres a formar nuestro propio secreto con la persona que elegimos.

Belinda elige a Guillermina y hacen una casa de paredes sin ventanas. Cuando uno es viejo, sigue pensando Belinda, a veces se queda sin poder compartir su secreto con nadie, o lo que es peor, como el abuelo de Guillermina.

La escena del fusilamiento es en cámara lenta, y como si en lugar de tirar todos juntos los soldados se hubieran turnado, llueven balas que atraviesan los cuerpos muchas veces y los hacen bailar contra la pared de la casa. Caen en la tierra y, con los ojos vendados, se buscan arrastrándose. Se toman de las manos. Guille aprieta los labios. Belinda no termina de morirse nunca. A Guille la carcajada se le escapa y Belinda se contagia. "No te rías", dice. Se ríen las dos, acostadas en la tierra, Guillermina panza arriba, Belinda de costado. Nada les da más risa que la muerte.

Ya una vez jugaron a estar muertas. "¿Cómo será estar muertas?", se habían preguntado.

Fueron al bajo, donde la tierra es barro y llevaron palas. Hicieron dos huecos del tamaño de sus cuerpos. Habían cortado hortensias en la casa grande y rodearon sus tumbas con ellas. Tomaron barro y se lo pasaron por las caras con las dos manos. Pusieron una sábana en los huecos, como si se tratara de camas y sobre ella se recostaron y se envolvieron.

Belinda tenía en las manos un ramito de margaritas mustias y una estampita de San Gerónimo. Guillermina cruzó sobre el pecho los brazos, sujetando un rosario de plástico.

Esperaron un rato y el barro avanzó solo. No había mareas en ese lugar que no era ni mar ni laguna sino apenas un bañado, pero el barro siguió avanzando, como si tuviera hambre.

"¿Cómo es tu muerte?", dijo Belinda. "Fría", respondió Guille, "y un poco incómoda. Los bichos me están comiendo, creo". "Yo estoy subiendo y ya no sien-

to nada". "Belinda, yo me hundo". "De polvo eres y al polvo volverás", dijo Belinda con voz solemne y los ojos cerrados.

Guille sintió que era de barro. Belinda, se vio a sí misma como una santa. Las santas son hermosas, pensó.

Después estuvieron en silencio un rato.

Cuando se cansaron de estar muertas corrieron a lavarse a la bañadera con patas que hay junto al galpón y siempre se llena de agua. Se metieron las dos y fueron barcos.

Esa noche la madre de Belinda vio la tierra en las uñas y la mandó a frotarse con el cepillo. Belinda usó el del caballo.

A Guille nadie le dijo nada y ella se olió las manos, en la cama, y se durmió acordándose de la muerte dulce de esa tarde.

Un sábado a la mañana el padre de Belinda le dice a su mujer que carnearon, pero que a él no le tocó nada. La madre de Belinda dice que era una vaca rara esa, sin todas las partes, medio incompleta.

Juan Arancibia muerde el escarbadientes y dice que la vaca del problema se apellida Cáceres y que ya le va a acomodar él las partes.

Cuando se sientan a comer la madre de Belinda le dice que no se olvide que Cáceres es el que manda ahora en la estancia. Juan Arancibia sonríe. Juan Arancibia nunca sonríe. No puede ser bueno que lo haga. Belinda no dice nada. Tampoco le cuenta a Guille.

Y Guillermína tampoco dice nada cuando el domingo después del asado, Jacinto, el mayor de sus hermanos, que ahora también es peón en la estancia, le dice al padre:

“¿Y cómo dice que va la doma de Arancibia?”. Eusebio Cáceres demora en responder.

“Ta medio negao el animal”, dice al fin, mientras acomoda las hebras del tabaco sobre el papel.

Jacinto se ríe, saca de atrás del cinto un rebenque y se lo extiende a su padre, que indiferente a la broma, moja el papel, lo enrolla, y afina las puntas varias veces. Aspira largo y traga.

Cuando deja salir el humo no parece venir de sus pulmones sino de mucho más lejos, de un rincón profundo de su alma.

“Guarde el rebenque si no lo va a usar”, lo reta el padre, y Jacinto obedece, ya sin ganas de hacer chistes.

Eusebio Cáceres da otra pitada, como quien se aquietta y busca en la quietud impulso para dar un salto.

A los pueblos les gustan las peleas. Los chismes revolotean alrededor de ellas como los bichos alrededor de la luz y de la bosta.

Las versiones nacieron en diferentes puntas, se cruzaron y alimentaron mutuamente, se enredaron y algunas cayeron. En lo único en lo que coinciden todas es en los vasos de ginebra, en las miradas y en que nadie se pasó tanto cuchillo en los últimos años como Arancibia y Cáceres.

Y ya se sabe cómo es la sangre, que en cuanto brota, pide más, convoca, y dos hombres que sólo querían medirse, en pocos minutos quieren ver las tripas del otro al aire.

Arancibia perdió un ojo y algunos dicen que el honor. Cáceres, más bruto y más aguantador estuvo a punto de morirse desangrado, pero, tal vez sólo por molestarlo a Arancibia, por ganarle de algún modo, resucitó.

Alguien habló de abogados y denuncias, pero en eso coincidieron los dos al decir que esas son mariconadas.

Los Arancibia se mudaron al pueblo, como los perros cuando se alejan después de la pelea.

Cáceres no le dijo que se fuera ni lo hubiera hecho. Arancibia se fue solo.

Las peleas cuerpo a cuerpo entre hombres tienen la capacidad de solucionar las cosas sin cambiar nada.

Cáceres sigue pensando que Arancibia es un desacatado y Arancibia sigue creyendo que deberían haberlo nombrado encargado a él y no a Cáceres, pero es como si esos mismos pensamientos hubieran logrado acomodarse.

Hay, sí, un acuerdo tácito de territorios: Cáceres en la estancia, Arancibia en el pueblo.

Belinda llora cargando las cosas cuando se mudan y al acomodarlas en la casa nueva a la que odia.

"No es un rancho", dice la madre, orgullosa, y Belinda llora.

Sigue llorando cuando va a la escuela del pueblo, llora mientras copia del pizarrón y en los recreos y vuelve llorando a casa, donde ayuda llorando a hacer la comida y lavar los platos.

Pero llora como si respirara. Apenas unas líneas brillantes, como las de los caracoles en la pared, cruzándole la cara. Un llanto continuo bajo la amenaza también silenciosa y continua de que si vuelve a la estancia se mudarán aún más lejos. Ningún Arancibia puede romper el acuerdo.

A los dos días Guillermina aparece, como una especie de milagro, como una luna inesperada, casi en las ancas del caballo de Carlos, el marido de María Antonia, que trae mercadería para mandar a Buenos Aires.

Cada tres o cuatro días Guillermina consigue ir al pueblo. Siempre alguien se apiada: llega un día en el Rastrojero de Hernández, otro a caballo con Antonio, otro en bicicleta con alguno de los gemelos polacos.

Y juegan. Juegan igual que antes y abren ese espacio que queda afuera del mundo, o mejor dicho que deja al mundo afuera, lo hace ver ridículo, lo pone en evidencia.

El primer día juegan a tener panza, las dos, la panza redonda que le vieron a María Antonia. Usan pelotas y ponen las manos por debajo para sostenerlas, como hacen las embarazadas de verdad. Belinda va a tener una nena, y Guillermina no sabe, pero el padre es un vendedor de productos veterinarios de los que a veces visitan la estancia en auto.

Guille tiene antojos y Belinda, pesadillas. Sueña con árboles que la persiguen. Guillermina le dice que ponga un cuchillo debajo de la cama.

Otro día juegan a ser mujeres del "Oasis", esa casa con luces rojas que está sobre la ruta y de la que todos hablan sonriendo o enojándose.

"Hay mujeres en bombacha y corpiño", le dijo la madre a Belinda cuando preguntó. También escucharon algo de cómo hacen que los hombres se tomen unas copas. Se las imaginan con los ojos maquillados, llenas de collares, pulseras y aros largos. Los hombres se pelean por ellas y ellas miran mientras toman Coca Cola en la barra.

La tercera vez Guille llega con marcas en los brazos. "Fue tu papá", dice Belinda. "No", responde Guille, "el Jacinto, que es un tarado". "Porque venís al pueblo", dice Belinda. "No, porque es un tarado", repite Guille.

Después pasan muchos días, largos, tristes, sin Guillermina. Arrancan a la mañana como algo que espera llenarse y siguen así, abiertos como bocas de pichones, hasta que la noche les cae encima como si los partiera, si es que se puede partir la nada.

"Mañana sí", piensa Belinda, para no morir.

Cuando llega, Guille tiene los pies lastimados. El padre le ha dicho a Jacinto que se ocupara de que ella no se fuera más pero sin pegarle, y Jacinto le escondió las zapatillas, las ojotas y todo lo que pudiera protegerle los pies en los tres kilómetros que separan al pueblo de la estancia. Belinda le lava los pies en la palangana con agua tibia y sal. Luego le pone sus propias zapatillas y se las ata.

Ese día no juegan. Miran venir una tormenta por el sur, oscura e inevitable, y se abrazan en silencio.

Guille no le cuenta a Belinda que su mamá se fue.

Es imposible saber si fue idea de los dueños o del mismo Cáceres, pero un tiempo después él y sus hijos se mudan a otro de los campos de los Arriaga, en Corrientes.

La primera carta de Guillermina llega casi un mes más tarde. "Los caballos nadan y hay otros pájaros". Ya no va a la escuela y cuida a su hermano más chico, el Cece. En la casa hay hamacas, pero ella no las usa: lo hamaca al Cece solamente.

Aprendió a bailar el chamamé. "Cuando vengas te voy a enseñar", escribe Guille. Pero Belinda no va a ir a Corrientes. Termina el colegio y la señora Beatriz le enseña a coser. Lo primero que hace es un parche para el ojo de su padre.

A Belinda le encantan las revistas de modas, sobre todo las de novias. Todas las novias del pueblo quieren hacerse el vestido con ella. Belinda va a todos los casamientos, acompaña a las novias casi hasta el altar, acomodando la cola, los volados, la postura, el cabello y las flores.

Cuando alguien pregunta por qué Belinda, tan buena y tan trabajadora, no se casó, ella dice que los casamientos para ella son trabajo y que no le gusta llevar trabajo a casa.

Las cartas de Guillermina llegan tres o cuatro veces al año.

La vida puede medirse en esas cartas: son ciento veintiséis hasta ahora.

Belinda se las sabe casi de memoria.

La letra redonda de las primeras la conmueve. Las del medio eran cartas siempre interrumpidas y, luego de atender algún otro quehacer, retomadas.

Belinda imagina a los hijos de Guillermina. Tiene las fotos, pero eso no basta. Imagina sus voces, sus juegos, todo lo que falta en las fotos y que es tan importante. Mira las fotos una y otra vez, se pone los anteojos, las acerca a su cara, enciende la luz del cuarto y vuelve a miraras.

"Tus hijos son hermosos", escribe lentamente después de un rato.

Ya hace tiempo que murieron los padres de ambas. Belinda a veces se pregunta por qué es, entonces, que no están juntas como antes.

"A veces", escribe con letra de imprenta, "me acuerdo del pasado".

Dobla la carta, la mete en el sobre.

Guille responde que no puede mirar a sus hijos sin pensar en ellas mismas jugando. Que a veces cuando tiene miedo de morir, piensa que va a ser como recostarse en el barro del bajo.

"Lo que las une es la separación". Eso dijo la madre de Belinda cuando supo de las cartas.

El último sobre tiene una letra que Belinda no reconoce.

"Soy la hija de Guillermina Cáceres", se presenta.

"Mi madre murió de Chagas". Luego dice algo sobre la amistad y cosas que Belinda no puede leer porque todo se ha nublado. "Belinda Galván", firma.

De repente, no hay nada que no duela: el pecho, la garganta, el aire.

Belinda camina por la ruta con el dolor auestas. Va hacia la estancia a buscar hortensias.

Cuando llega al bañado, se recuesta en la tierra y llama una y otra vez a Guillermina. Pero el silencio calla y el viento sigue de largo.

Después de un rato, y con esfuerzo, se levanta.

Sin lavarse, camina por el campo. Parece una hoja llena de historias, el campo.

También parece que el monte se hubiera alejado.

Busca el lugar y lo encuentra, a pesar de que de la casa ya no queda nada. Los restos de El secreto ya son parte del monte, de la tierra y de los árboles.

Belinda se sienta entre dos acacias.

Anochece despacio.

El pájaro que apenas canta parece ser el mismo de antes.